

básicos informes del Departamento de Estado— la evolución de ese cuerpo de combate que comenzó con la pretensión de ser un ejército apolítico y terminó siendo un contingente de guardaespaldas al servicio de una familia que, apoyada en sus mastines, se traspasó fraudulentamente el poder una y otra vez.

Tiene la habilidad su autor, de cotejar el estudio específico de la Guardia Nacional, con casi todos los hechos concomitantes de la historia política nicaragüense, pero no lo hace con la ingenua pretensión de abarcar a profundidad estos últimos, sino pasando a través de ellos como contexto, para dejar más en limpio el contenido básico del libro, que es el nacimiento y desarrollo de la G.N. Esto quiere decir, por ejemplo, que las heroínas páginas de Sandino están un poco disminuidas y también los procesos revolucionarios y de oposición fraguados por el Conservadurismo, pero ello no afecta en nada la tesis de fondo que persigue demostrar cómo ese ejército, infame que ha oprimido a un pueblo durante cincuenta años, es una criatura político-militar hecha y manipulada ayer, hoy y siempre, por los gobiernos de Estados Unidos.

El libro circuló profusamente en su versión de 1977 en los Estados Unidos y sin lugar a dudas, por la gran categoría de investigador y de analista que enseña Millett, debe haber contribuido mucho al cambio de actitud que —si bien no todo lo radical que se espera— ha adoptado el Presidente Carter en los meses últimos. Y es que la obra deja por los suelos el prestigio del gobierno norteamericano inmiscuido en la matanza y el manipuleo vil de un pueblo, de cuyos poderosos argumentos no puede escapar nadie. Forzosamente van desfilando enton-

ces los personajes más negros de la intervención: Elías Beadle, embajador Charles Ederhardt, el encargado Lawrence Dennis, el Presidente Coolidge, el Secretario de Estado Kellogg, los embajadores Hanna, Shelton y otros, sin olvidar nombres como Eisenhower, Howard Hughes y Richard Nixon, o John Murphi que una y otra vez, contribuyeron para sostener la sangrienta dinastía. El autor desmenuza inteligentemente las componendas políticas y militares, enfoca con buen sentido histórico los comportamientos y las consecuencias de todas las acciones intervencionistas, solo que al final no se encontraba en capacidad de predecir lo que pasaría en 1978 y 1979. La fuerza de la guardia y del dictador eran tan grandes en 1976, cuando concluye su obra, que Millett no pudo vislumbrar que el odio del pueblo podría orientarlo hasta la organización militar para desatar la guerra y la próxima caída del autócrata.

Los juegos y manipuleos de Estados Unidos, a través de su instrumento de ocupación la GN y de las conversaciones diplomáticas en los pasados 40 años, son exactamente los mismos que en 1979. El libro los desenmascara brillantemente y eso tiene el doble mérito de que proviene de las mismas entrañas del Departamento de Estado, de donde se ha recogido información, y de que el autor es un norteamericano consciente, quien en forma objetiva, sin aspaviento ni dogmatismo, hace luz sobre la intervención en un estudio profundo, bien escrito y contundente, que por todos los rincones resulta una verdad sencillamente irrefutable.

C.M.

“LOS PRESIDENTES”

Harold Bonilla

Fernández a don Ricardo Jiménez Oreamuno, con notas biográficas de los presidentes y algunos otros documentos, valiosos para el estudio de la vida y la obra de nuestros patricios.

No se trata de un análisis de la vida y la situación histórica en que desarrollaron su misión los jefes de estado y presidentes de la República. Ideada como obra de consulta para estudiantes, esta segunda edición presenta una serie de datos muy

importantes, lo mismo que un panorama más amplio en aquellos mandatarios que a juicio del autor así lo ameriten. Sin establecer juicios de valor, Bonilla nos presenta un panorama sobrio sobre los datos de cada uno de los hombres y cuando lo estima pertinente amplía los datos con información de primera mano, que contribuye a ampliar la visión y hace que la lectura sea amena y sin pedantería académica. Como hombre de estudio, como autodidacta, el suyo es un estilo sin pretensiones a través del que nos va dando un panorama de quienes, y desde muchos aspectos, fueron los fundadores de nuestra nacionalidad, de nuestra historia, de la Costa Rica que somos y que de seguro seremos.

Claro que el autor tiene preferencias. Las encontramos en las figuras señeras de Juan Rafael Mora, Jesús Jiménez, Próspero Fernández, en la segunda parte; y en la tercera descuellan don José Joaquín Rodríguez, su yerno don Rafael Iglesias Castro y don Alfredo González Flores. Y estas preferencias no nacen por el capricho del autor sino más bien por la importancia institucional y política de los personajes, que emergen en las notas biográficas con gran sentido de la proyección histórica en la vida nacional. También el autor amplía ciertos aspectos de la biografía de Federico Tinoco Granados y los antecedentes de su presencia en la vida política, la toma del poder y datos casi inéditos sobre el asesinato de su hermano, don Joaquín Tinoco, con las consecuencias socio-políticas de este incidente, que sigue guardando el misterio y la ambigüedad que todos conocemos.

Don Cleto y don Ricardo, así como los conocemos los costarricenses, son los dos presidentes que cierran el libro. Aparecen como complementos

de dos actitudes bastante diferentes. Dos colosos que dominan la vida política de Costa Rica durante casi 40 años, ambos con el talento del negociador, del zorro hábil y la paloma bondadosa, dos personajes que por antagónicos vienen a complementarse en el ejercicio del poder. Dos modos diferentes de concebir la política, la vida social del país. Antagónicos hasta en su vida íntima, se luce esbozada en los rasgos biográficos que nos da Harold Bonilla, pero que siempre tuvieron, el uno para el otro, la grandeza de saberse unidos en cuanto a la problemática nacional. Aunque el autor no se lo propone, deja que el lector pueda establecer líneas paralelas entre los dos políticos, sutilmente diferenciados, hasta en sus rasgos más pequeños. Don Cleto, es llamado prototipo de gobernante patriarcal y, don Ricardo, periodista nato. La admiración por el segundo no va en detrimento del primero sino que la nobleza del autor lo obliga a escribir cosas tan especiales: Hay en el licenciado Jiménez Oreamuno algo que atrae, algo que obliga a los hombres a hacerse a un lado para que él pase, y si es necesario, hasta quitarse la capa y extenderla sobre el suelo, para que él pueda pisar sin enlodarse, aún cuando los demás sí lleguen a pringarse. Frases que retratan al Brujo del Irazú, como fuera llamado cariñosamente por los costarricenses, en toda la dimensión de su grandeza ciudadana.

Un tesoro de información este libro de Harold Bonilla. Lástima la extravagancia editorial de incluir tantos prólogos e introducciones. Quizás capricho del autor, que es recompensado por la información y datos que nos propone para tener cerca de nosotros a personajes los unos tan queridos, los otros olvidados, pero todos inscritos en nuestra historia nacional.

IMPERIALISMO Y DICTADURA: CRISIS DE UNA FORMACION SOCIAL. Jaime Wheelock, Siglo XXI, México, 1975

Desde hace un año aproximadamente se vienen oyendo con regularidad noticias alentadoras sobre el proceso revolucionario nicaraguense. Sorprende y emociona la claridad con que ante nuestros ojos hacen acto de presencia las fuerzas sociales reprimidas y brutalizadas por espacio de varias generaciones. Con más escondido entusiasmo pre-

guntamos si es verdad que ha llegado a Nicaragua la hora de los hornos, y con detenido aliento deseamos que se realice la segunda patria socialista de nuestra América. Es provechoso ahora, volver a un texto que fue publicado en 1975. El libro de Wheelock, *Imperialismo y dictadura: crisis de una formación social* (México: Siglo XXI, 1975) no só-